LA

DULCIADA,

POEMA ÉPICO,

DIVIDIDO EN SIETE CANTOS.



MADRID,
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1833.

Este Poema es un juguete hecho en su juventud por don Cayetano María de Otuarte, Prebendado de la catedral de Cadiz. Despues de su fallecimiento le dió á luz un amigo suyo en 1807, reimpreso por otro amigo que vivia con el Autor cuando le compuso.

CANTO PRIMERO.

Hace el poeta la proposicion: invoca, y se le da un Mecenas; dedica la obra, y empieza los elogios de su héroe.

I.

Yo, aquel que en algun tiempo canté amores,
Y al blando son de la suäve avena
Canté zelos de rústicos pastores,
Ya en églogas, ya en dulce cantilena;
Yo, que canté de Marte los horrores
Cuando agitaba su furor mi vena;
Ahora que Apolo no me inflama tanto,
Canto los Dulces, sus elogios canto.

II.

Dime, Musa, el orígen que tuvieron
Los Dulces que hasta ahora se inventaron,
Y si los dioses ó los hombres fueron
Los que tales delicias nos dejaron;
Quienes los dulces cándidos hicieron,
Y quienes los de almibar idearon,
Quién inventó bizcochos y tablillas,
Quién las compotas, cremas y natillas.

III.

A vosotras, abejas, que formásteis
En la boca de un leon podrido y yerto
Un sabroso panal con que admirásteis
Al caudillo del pueblo mas experto,
Y á hacer sabios enigmas le ayudásteis,
Por musas os invoco, pues advierto
Que mas que á ellas asistirme os toca,
¡Asi el panal pusiérais en mi boca!

IV.

No voleis á la cumbre bi-partida
A traerme del agua de Hipocrene,
Que de agua encharcada y corrompida
No quiero que mi cántaro se llene;
Volad sí allá á la tierra prometida,
Y si algun medio facil se os previene,
Traedme todo aquel rio peregrino
Que leche y miel manaba de contino.

V.

Buscadme un buen Mecenas que yo vea,
Que si acaso el poema le dedico,
Admitirá gustoso mi tarea:
Nada importa que sea grande ó chico,
Nada que noble ó que pebleyo sea,
Nada que sea pobre ó sea rico:
Yo os cederia aun á Tiberio Augusto
Si me diéseis un hombre de buen gusto.

VI.

Apenas esto dije, que me veo
Á los campos Elíseos trasladado,
Creí que me llevaban como reo
A ser por mal poeta castigado;
Presentáronme á un juez horrible y feo,
Que estaba entre otros dos muy rellanado;
Yo, al verle tan airado y tan severo,
Temí que me soltara el can Cerbero.

VII.

Sabe, me dicen luego estos señores,
Que los tres somos dioses tutelares
Que presidimos en los obradores,
Y de confiterías somos lares:
Tus repetidos ayes y clamores
Han logrado apiadar nuestros altares,
Y ya un Mecenas hoy te se destina
Que el Non plus ultra sea en golosina.

VIII.

Al mundo vuelve, y surca el oceáno
Hasta hallar una isla que fundada
Dicen que fue por Hércules Tebano,
Y yace entre sus aguas situada;
Allí hallarás un numen soberano,
Una diosa de todos venerada
Por su caracter dulce y amoroso [1];
Esta es la que preside en lo goloso.

IX.

Esa es el gran Mecenas que te damos
Para que á ella el Poema se dedique;
Pues en el mundo todo no encontramos
Quien guste mas de cosas de alfeñique;
La golosa que es no te explicamos,
Ni es posible que haya quien lo explique:
De un polo al otro, de una á la otra osa
No es posible hallar dama mas golosa.

X.

Apenas esto habian pronunciado
Cuando, sin saber cómo, en un momento
Advierto que me habian trasladado
Otra vez á mi lóbrego aposento;
Al ver que tal Mecenas se me ha dado
Celebré mi fortuna muy contento.
Mas ay! ¡cuánto mayor mi dicha fuera
Si mi Mecenas fuese confitera!

XI.

Admite, pues, ¡oh numen soberano!
El aborto infeliz de mi tarea,
Así el cielo te dé con larga mano
La mejor mermelada y la jalea,
Y halles quien en invierno y en verano
De tan enormes dulces te provea,
Que empezando á comer á sol naciente
Antes que acabes llegue al occidente.

XII.

Ya con temor la pluma á poner llego
En asunto que tanto he respetado,
Haz sobre mí descienda el sacro fuego
Para que dignamente sea tratado;
Yo te ofrezco mi pluma colgar luego
Allá en tu templo en el dintel sagrado,
Y aun yo me colgaría, si consientes
Que en tanto asunto ponga yo mis dientes.

XIII.

Pero á poder del numen ya me advierto
A elogiar á los Dulces inflamado,
Y el apetito á ellos se me ha abierto
Si es que le tuve alguna vez cerrado.
Voy á elogiarlos: Mas (y esto es bien cierto)
Quisiera yo tirarles un bocado:
¡Qué hemos de hacer! Puesto que no comemos,
Manos, pues, á la pluma, y empecemos.

XIV.

Por tí habré de empezar, ¡oh huevo hilado!
Por tu bizcocho, y por aquel tejido
De tu hilo en almibar empapado,
Que aun nombrado es delicia de mi oido;
Contigo, pues, ni el nectar tan sagrado,
Ni la dulce ambrosía han competido,
¡Quién para devanar todo tu hilo
Tuviera siete bocas como el Nilo!

XV.

Si fue de Berenice la guedeja,
Constelacion al cielo trasladada,
¿Por qué, oh gran huevo hilado, tu madeja
No es en mas alto empíreo colocada?
De esta por dicha mia mucho se aleja
Apoteosis mejor ya preparada:
Por tu grande dulzura ser te toca
Astro fijo en el cielo de mi boca.

XVI.

¿Y qué diré que digno elogio sea
De aquella sacra confeccion divina,
E invencion de los dioses, la jalea?
Al ver su trasparencia peregrina
Mirarme en ella tanto me recrea
Como á Narciso el agua cristalina;
Mas no soy como él necio, pues al vella
De mí no me enamoro, sino de ella.

XVII.

¡Oh tú, mi fe le dice religiosa,
Oh tú la mas perfecta criatura!
No fue la griega Elena mas hermosa
Ni con la tuya iguala otra hermosura;
¿Por qué del hombre la codicia ansiosa
(Si ser dichoso es lo que procura)
Por qué busca, surcando el mar profundo,
Otros bienes, estando tú en el mundo?

XVIII.

El olandés, que necio se desvela,
Y va del frio norte diligente
A la isla de Ceilan por la canela;
El portugués no menos imprudente
Para coger las perlas porque anhela
Surca del oceano la corriente,
Pudiendo á menos costa y con mas gloria
Ir á traer jaleas á Vitoria.

XIX.

Y á la verdad ¿qué gloria mas cumplida
Que comer la jalea trasparente,
Que ya rubia, ya roja, parecida
Es al color de Febo refulgente,
Y es el iman mas fuerte de mi vida?
¡Oh muela afortunada! ¡Oh feliz diente
El que en comer jalea se ha gastado:
En ella misma seas engarzado!

XX.

Tú Apolo, que de Dafne la belleza
En un verde laurel la trasformaste,
Y en medio de la selva mas espesa
Entre árboles silvestres la dejaste,
Si es que acaso mi ruego te interesa,
Y toda tu virtud no la gastaste,
Haz porque el mundo tu poder advierta,
Que yo todo en jalea me convierta.

XXI.

Y tú, Jove, que á Midas ambicioso
Le concediste aquella gracia rara
De que cuanto él tocase codicioso
En oro luego al punto se trocara;
¡Oh si á mi ruego hicieras generoso
Otra gracia que menos te costara,
Que cuanto de mi mano sea tocado
En dulce sea al punto trasformado!

XXII.

Si á este mi ruego tu piedad consiente,
Empezaré al instante á tentar cuanto
A mi cansada vista se presente;
Tentaré á mis amigos, á mí, y tanto,
Que no habrá habido diablo que mas tiente,
Y aunque el andar me cuesta gran quebranto,
Me iré á Rodas con paso presuroso
A tentar y hacer dulce á su Coloso.

XXIII.

Apenas dije esto, que en mi oido
Sonó una clara voz que me decia:
"Aun no lo has plenamente merecido,
» Aun no te se halla digno todavía
» De una gracia cual es la que has pedido;
» Lo serás si, ayudado de Talía,
» Dignamente elogiares con voz clara
» El huevo mol, y el dulce de cuchara."

XXIV.

Esto dijo, y apenas hube oido
Lo que el sagrado numen me ha mandado,
Le respondí, serás obedecido
¡Oh tú, seas el que fueres, que has hablado,
El huevo mol de mí será aplaudido;
Mas temo que saldrá mal elogiado,
Pues para asunto tal yo considero
Corta facundia la del mismo Homero.

XXV.

Tú, Musa, la que fueres, que encargada
Has estado hasta aquí de gobernarme,
Templa mi lira hasta ahora destemplada,
Y dígnate piadosa de inflamarme;
Mi pobre vena se verá apurada
Si tú no te resuelves á guiarme:
Voy á cantar, cediéndote la gloria,
Del huevo mol la milagrosa historia.



CANTO SEGUNDO.

Declara la época de la invencion del huevo mol, quien le inventó, y donde.

I.

Imperando en oriente y occidente
Aquel impío hijo de Agripina,
Aquel horrible monstruo que atrozmente
Reducir quiso á Roma á su ruina,
Neron, que fiero, bárbaro, inclemente,
A encruelecer únicamente inclina,
Destinando sacrílego su mano
A dar muerte á su madre y á su hermano:

II.

Mandando, pues, este ímpio, este perverso
Cuando el mundo en crueldades zozobraba,
Cuando lloraba todo el universo
Viendo que ardia Roma y él cantaba,
El cielo se apiadó del orbe inmerso
En un mar de amarguras, que imploraba
Su auxilio, y con prodigio sin segundo
Pareció el huevo mol en este mundo.

III.

¡Oh tú, Roma! si hasta ahora te has gloriado
De que Rómulo y Remo te fundasen,
De que el Tiber tus muros ha bañado,
Y que doce colinas te cercasen,
Timbres tan cortos ya se han elogiado,
Y en otro tiempo es bien que se elogiasen;
Mas ¿qué tienen que ver con el destino
De ser patria de invento tan divino?

IV.

Apenas, pues, fue en Roma publicado
Un invento tan útil y gustoso,
Que el pueblo hasta aquel punto consternado
Se transformó en un pueblo el mas gozoso.
Los cónsules proponen al senado
Que se busque un artífice ingenioso
Que en eterna memoria del invento
Erija una pirámide al momento.

V.

Fue por todos los votos concedida
La peticion, de todos aprobada:
Mandan que en una lápida bruñida
Una inscripcion en verso sea grabada,
De forma que de todos sea leida,
Y quede la memoria eternizada
De aquel á quien los dioses escogieron,
Y por él tan gran bien nos descubrieron.

VI.

En medio de una plaza harto espaciosa
Se erigió la pirámide; su altura
De ciento ochenta codos, primorosa [a]
Obra, en que el resto echó la arquitectura:
En la bruñida basa una famosa
Inscripcion se grabó de gran cultura,
Que á muy larga distancia se leía,
Y traducida en español decía:

VII.

El año ciento y nueve de fundado
El imperio romano, y el noveno
En que Cayo Neron nos ha imperado,
Siendo cónsul Aviola y Festo Avieno,
Júpiter, de los hombres apiadado,
Reveló el huevo mol á Publio Heleno;
Y en digna recompensa de este hombre
Se erigió esta pirámide á su nombre.

VIII.

Esta es la historia cierta y verdadera
Muy digna de ponerse en letras de oro.
En el gran Cronicon del padre Higuera
(No ya en las decretales de Isidoro)
El lugar que merece se le diera,
Y si esto no bastaba á su decoro,
Que hubiese puesto invento tan famoso
El padre Juan Antonio en su Beroso.

IX.

Como el mérito en Roma conocieron,
El dia que la píramide acabaron
Tan gran porcion de huevo mol hicieron,
Que un estanque grandísimo llenaron;
Los nobles y plebeyos concurrieron
El dia que los cónsules mandaron,
Y, dada la señal, no hubo romano
Que no estuviese con cuchara en mano.

X.

Así como al hablar desde su asiento
Eneas á Dido, reina memorable,
Le hizo renovar su sentimiento
Contándole la historia lamentable,
Callan todos, pendientes del acento
Que refiere el suceso deplorable,
Así al abrir á aquel estanque puerta
Quedaron todos con la boca abierta.

XI.

Apenas, pues, el grande estanque abrieron
Cuales estatuas todos se quedaron,
De admiracion y gula enmudecieron,
Y un instante despues se recobraron;
Del estanque los muros embistieron,
Todos no dar cuartel capitularon,
Si no que el huevo mol que se encontrára
Fuese pasado á filo de cuchara.

XII.

¿Y quién podrá pintarnos cual sería
El valor de estos héroes aguerridos
En este fausto y memorando dia?
Hasta el pescuezo en huevo mol sumidos
Combaten todos, luchan á porfia
En tan dulces trabajos engreidos;
Tal constancia, denuedo, esfuerzo tanto
No se vió ni en el golfo de Lepanto.

XIII.

Y á la verdad ¿qué cosa mas gustosa
Que comer huevo mol? de él un bocado
Causa una sensacion muy deliciosa
Aun en el paladar mas embotado;
La suavidad del huevo en sí sabrosa
Con la almibar asciende á tanto grado,
Que aun aquel que tuviese calentura
Percibirá al extremo su dulzura.

XIV.

Dicen de él que es un poco empalagoso,
Pero aquel que temiere empalagarse
Es indigno del nombre de goloso;
Mas ¿por qué al huevo mol ha de culparse
De lo que solo es culpa del goloso
Que no sabe en el dulce moderarse?
Aquel que el huevo mol á arrobas trague
No dudaré que un tanto se empalague.

CANTO TERCERO.

Corta el hilo á la narracion el poeta acordándose de un terrible suceso que le acaeció en una ocasion: finge que su Mecenas manda referirlo, y lo ejecuta.

I.

Ahora, clara Mecenas, que engañaba
La golosa insaciable gula mia,
Y que á mi paladar se figuraba
Estar mascando el dulce que escribia:
De pronto esta delicia se me acaba,
Pues se me acuerda aquel nefando dia
En que me sucedió la triste historia
Que nada borrará de mi memoria.

II.

Y qué? ¿Tú, á quien el cielo favorable
Por Mecenas destina á mis canciones,
Quieres que cuente * el caso imponderable,
El estrago que viles mirmidones
Hicieron en la Troya mas amable
Capaz de enternecer los corazones,
Lo que griegos y dólopes hicieron,
Y las miserias que mis ojos vieron?

III.

¿ Y quien habrá que su pesar modere
Contando esta?.... Pero ya la obscura
Noche, ya las estrellas quien las viere
Advertirá que el dia se apresura,
Y que el debido sueño nos requiere;
Mas, pues quieres oir tal desventura,
Aunque horroriza el ánimo el pensarlo,
Y lo rehusa, empezaré á contarlo.

IV.

Yacen unas llanuras muy sombrías
A la orilla del Betis situädas,
En ellas varias quintas y alquerías
Forman mil perspectivas agraciadas;
A estas pensamos ir por unos dias
A tener unas mesas delicadas
Varios amigos todos del conjuro,
Y sabios en los dogmas de Epicuro.

V.

Por cocinero la asamblea destina
A un francés de tan raras invenciones,
Que al grande diccionario de cocina
Ha hecho glosas, comentos y adiciones;
Su mano sobre todo es peregrina
En rellenar de yerbas los pichones,
Hace beuf á la moda, hace gatoes,
Huevos á la hugonota y fricandoes.

VI.

Este héroe que guisando las perdices
Un gusto todo nuevo conseguian,
Sus manos mil relieves y matices
Sobre la pasta de un pastel hacian;
No es moda ya poner las sacras lises;
Si estas en otro tiempo se ponian,
Él graba en una torta por trofeo
La ampolla, San Dionisio y Clodoveo.

VII.

Llegamos, pues, y al pie de una alquería
Las epicúreas mesas se pusieron,
Desde el amanecer al medio dia
Los diestros reposteros las cubrieron;
Todo allí respiraba simetría,
La *bonne-chère*, y el buen gusto consiguieron
Las aves, y las salsas delicadas
Comerlas á la moda, pero heladas.

VIII.

Nuestras gulas ¡qué alegres que comian
En aquel verde campo! las manadas
De cabras y de ovejas [5] que corrian,
Tenian nuestras vistas recreadas:
Las vacas y los toros que pacian,
Las aves que volaban á bandadas
Formaban en el aire objeto grato,
Pero mas agradables los del plato.

IX.

Siete horas menos cuarto se pasaron
Antes que se sirviese el ramillete,
Doscientas diez limetas se apuraron
De Bordó, de Champaña y Pajarete;
Casi todos unánimes pensaron
Que les movia la tierra el taburete,
En nuevo idioma cada cual gritaba,
Nadie entendia al otro lo que hablaba.

X.

En esto el ramillete nos pusieron
Cuando ¡oh dolor! ¡oh pena imponderables!
De un barranco vecino allí salieron
Ejércitos de moscas formidables [6];
Vuelan, y el claro sol oscurecieron,
Y con sordos zumbidos lamentables
Embisten á la mesa y convidados
En sueño y ricos vinos sepultados.

XI.

Así como el furioso bando griego
A la infelice Troya descuidada
Embistió, que del seno del sosiego
En susto y confusion se vió mudada,
Así nuestra asamblea se vió luego
De un improviso espanto apoderada
Al ver el gran furor con que arremete
El mosquil escuadron al ramillete.

XII.

Como aquellas arpías que asaltaron
A las mesas del héroe prodigioso
Que refiere Virgilio, así volaron
A las nuestras las moscas en furioso
Ejército; gran parte se llevaron
Dejando todo sucio y asqueroso;
Aquí fue nuestro susto, nuestro espanto,
Nuestra gran confusion y nuestro llanto.

XIII.

Despertamos del sueño, y empezamos
A sacudir las moscas; nada hicimos
Aunque con ambas manos ojeamos;
Al favor de los dioses acudimos,
El auxilio de Aragne conjuramos;
Pero viendo que nada conseguimos,
Determina de acuerdo la asamblea
Invocar al autor de la Mosquea.

XIV.

Por tal de que las moscas nos dejasen,
Hacer los de la junta dispusieron
Un cántabro hecatombe en que cebasen
El furor con que al dulce acometieron;
Mandan que las cien reses se buscasen,
¡Oh qué de diligencias no se hicieron!
Mas como no se hallaron cien pollinos,
Determinan matar cien vizcainos.

XV.

En aquel mismo instante hubiera sido
El cruel vizcainicidio ejecutado,
Si Arrispurri, un navarro conmovido,
No hubiera á todos de esta forma hablado:
¿Tanta ira y crueldad como ha cabido
En pechos tan golosos? Me he admirado
De que á vista de un dulce tan sabroso
Reine en vosotros el humor bilioso.

XVI

Tan bárbara crueldad aborrezcamos,
De generosidad ejemplo demos,
(Hablo del ramillete que lloramos)
Algunas piezas de él sacrifiquemos;
Si estas y alguna almibar arrojamos
Sobre ese verde campo, lograremos
Se cebe en ellas el furioso enjambre,
Y no estorbe la suya á nuestra hambre.

XVII.

Así fue ejecutado, y á bandadas
El escuadron goloso se desata:
Unas, entre las piezas enredadas,
Ya se dejan un ala, ya una pata;
Otras, cual mariposas engañadas,
Su incauta golosina allí las mata,
Porque tanto en el dulce se pegaron,
Que espiran en la almibar que buscaron.

XVIII.

En fin, como soldados inexpertos
Nos abandonan luego el ramillete,
Solo quedan sobre él los cuerpos muertos,
Cuyas almas ya habrán pasado el Lete;
Nosotros ya de la victoria ciertos,
Y mas del hambre que nos reacomete,
Con militar furor arremetimos,
Y el dulce y moscas muertas nos comimos.

XIX.

Aunque los nuestros con sigilo hicieron
El asalto que acabo de pintarte,
Las moscas avanzadas nos sintieron,
Y á su ejército luego dieron parte;
Diez mil moscas en arma se pusieron
Capaces de asustar al fiero Marte,
Y sacando sus fieros aguijones
Nos vienen á embestir en pelotones.

XX.

Como aun en nuestras bocas se veían
Las migajas del dulce que comieron,
A ellas las crueles moscas acudian,
Y este fue el primer sitio que embistieron;
Mientras unas las bocas nos herian,
Otras á nuestras manos acudieron,
Donde hallaron vestigios aun recientes
De la ciudad batida por los dientes.

XXI.

Como el robusto toro, que acosado
En el rigor de estío del agudo
Aguijon de las moscas, que ha pasado
De su cerviz el cuero tan membrudo,
Que cabecea al uno y otro lado,
Corre, brama, se arrastra, y si no pudo
Sacudirse las moscas, su congoja
Le hace buscar un rio, en que se arroja:

XXII.

A este modo nosotros afligidos
(Tanto el dolor y el susto nos apura)
Ya subimos al monte enfurecidos,
Ya bajamos bramando á la llanura,
Y viéndonos á pique de perdidos,
Atravesamos todos la espesura;
En el undoso Betis nos echamos,
Y allí las crueles moscas ahogamos.

XXIII.

Esta es, clara Mecenas, la victoria
Contra el mosquil ejército ganada,
Digna de mayor fama, y de mas gloria
Que la batalla de Actium tan nombrada;
Sevilla en sus anales, y en su historia
Tiene esta nuestra hazaña celebrada,
Pues de su amado Betis la ribera
Vió la golosa moscomaquia fiera.

CANTO CUARTO.

ARGUMENTO. *Vuelve á tomar el hilo de la narracion, llora el mal uso que se hace del azucar destinándola á malos dulces; elógiase la nueva invencion de yemas acarameladas, y la de los merengues, y no se sabe á cual especie dar la preferencia.*

I.

Ya has oido el cruël desaguisado
Que aquellas moscas en el dulce hicieron,
El referirlo solo me ha bastado
Para llorar lo que mis ojos vieron;
Aun tiembla el corazon sobresaltado,
Y pues estas memorias produjeron
A mi imaginacion mil amarguras,
Vuélvome al huevo mol, y á las dulzuras.

II.

Solo el dulce de huevo de cuchara
Al huevo mol es algo comparable,
Este mi gusto al oro le compara,
Y aquel es á mi gusto oro potable;
Si el huevo de la almibar se separa
Es á los melindrosos reparable,
Mas lo que es á mi gusto no es trabajo
Que tenga mucha almibar por debajo.

III.

Esaú, aquel peludo, fue un salvaje,
Pues la herencia y derecho de primero
Vendió por un vil plato de potaje;
Si por dulce de huevo el majadero
Hiciera á su interes tan grande ultraje,
Yo le disculparia, y asevero
Que valen de este dulce dos hartazgos
Mucho mas que doscientos mayorazgos.

IV.

No haré con todo dulce tal exceso,
Pues nunca aquellos dulces me han gustado
Que tienen poca carne y mucho hueso;
En las visitas siempre me ha enfadado,
(Y ahora tan solamente lo confieso)
Cuando un par de jicacos me han tocado,
Que tras de estar los tales muy añejos,
Se reducen á huesos y pellejos.

V.

¿Y qué habré de decir cuando una hilaza
(Porque alguno de América ha venido)
Sacan de tamarindos en gran taza
(Parecen avichuelas del cocido)
Por mas que con la almibar se disfraza?
Luego al mascarlos se halla aquel tejido
De un estambre tan duro y pegajoso
Que puede fastidiar al mas goloso.

VI.

¿Y quién sufrirá el gusto tan pedante
De hacer dulces de rosa , con que ya
Nos dan de las boticas un purgante
Comparable al ruibarbo y al maná?
Con razon temo que si va adelante
El gusto de botica como va,
(Pues ya nos dan un fuerte digestivo)
Nos den mañana un dulce vomitivo.

VII.

La rosa solamente fue criada
Para alegrar la vista y el olfato ;
¿Quién pedante pensó que trasladada
Haya de ser de la nariz al plato?
En su uso la pone trastocada
Quién de ella quiere hacer un dulce grato,
Como si un ave de comer dejase,
Y solo con olerla le bastase.

VIII.

¡Oh tres y cuatro veces desgraciada
La azucar que á tal uso se destina!
¡Quién no te llamará mal empleada
Viéndote hacer un dulce medicina!
Quién te vió á otras empresas elevada
¿Cómo á hacer de tí un uso tal se inclina?
¡Cómo en esto oscurece tus hazañas!
Para tal dulce sobra miel de cañas.

IX.

¡Oh sacro Jove! ¿cómo no has tronado
Al ver estas nefandas invenciones?
¿Cómo tus sacros rayos no has vibrado
Sobre los que así abusan de tus dones?
Si estás por estos dulces indignado,
A los hombres te ruego que perdones:
Atiende á que ha inventado su desvelo
Cubrir yemas de huevo en caramelo.

X.

Perdónalos, oh Jove; si yo fuera,
Aunque el mas vil plebeyo me agraviara,
Si una libra de yemas me ofreciera
Al instante mi cólera aplacára;
Mas ¿qué digo? con una que comiera
El can Cerbero al punto se amansara,
¿Y tú, Júpiter, sigues indignado?
Bien se conoce que no la has probado.

XI.

Si tú hubieras probado su blandura,
No dudo que te hubiera enamorado,
Mucho mas que de Europa la hermosura,
Y te hubieras en mosca trasformado,
Porque no es explicable su dulzura:
En tal animalillo ser cambiado
En nada ofender puede tu decoro,
Porque es mejor ser mosca que ser toro.

XII.

Si te costó á tí tanto que en tu lomo
Europa se sentase, á mí me toca
Una dicha mayor si yemas como,
Pues las llevo sentadas en mi boca;
Con su dulzura ya ni por asomo
Hay en mí desazon mucha ni poca:
¡Qué poder, qué virtud la de una yema!
¡Qué imperturbable da, qué dulce flema!

XIII.

Así era razon que sucediese
A aquel que yemas coma en caramelo,
Que el humor bilioso se extinguiese
Bajo aquel aparente terso velo;
Si duro á nuestras manos aparece
Halla el goloso el premio de su anhelo,
Pues cuando el diente en apretar se apura
Se encalla de la yema en la blandura.

XIV.

Apenas, pues, los dientes le han partido,
La suave yema hiere la membrana,
Y el paladar sus poros ha extendido
Que parece cada uno una ventana;
Aquel tal cual resorte que han tenido
Las fibras todas pierden de tal gana,
Que el esófago queda por mas prueba
Mas flexible y mas blando que una breva.

XV.

Afirma un grande médico del Norte
Que hasta que treinta dias han pasado
De comida una yema, su resorte
Ninguna fibra puede haber cobrado
Hasta que poco á poco se conforte:
¡Oh yemas, lo mejor que el hombre ha hallado!
Dulce ninguno en suavidad te imita,
Si no es ya que el merengue te compita.

XVI.

Desde que el uno y otro se inventaron,
Cual Cesar y Pompeyo compitieron,
Y las mesas han sido en que se hallaron
Los campos de Farsalia en que lucieron:
Los grandes reposteros que idearon
Las compotas, sus votos dividieron,
Y sin ceder alguno de su tema,
Cual aplaude el merengue, cual la yema.

XVII.

Si hubiera de ser yo quien sentenciara,
Antes que en este pleito resolviera,
Los autos á mis dientes avocara,
Mandaria al paladar que informe diera
De lo que de la prueba resultara;
Y que si él la razon no conociera,
Me enviase las partes sin tardanza,
Y yo haria de ellas la mayor probanza.

XVIII.

No bastaria esto á mi cuidado,
Alargaria el término de prueba,
Que sería á mi arbitrio prorogado
Aun mas que por la ley hacerse deba;
Y viendo ya alegar de bien probado,
Y que el derecho de ambos se comprueba
Con igual fundamento, sentenciara
Que era mejor aquel que mas pesara.

XIX.

Esta es, pues, la sentencia que yo diera;
Mas si despues alguno me obligara
A que uno de los dos yo prefiriera,
Por el merengue creo que votara;
Pues aunque de los dos sobremanera
La suäve dulzura me es tan cara,
Fallo: *El merengue debe preferirse*,
Pues se come el merengue sin sentirse.

XX.

Aun no ha comprehendido bien la boca
Si es merengue, ó qué es lo que ha mascado
Cuando una dulce vehemencia toca
Que todo el paladar ha titilado,
Y tal que ablandaria hasta una roca;
Busca entonces la lengua aquel bocado
Que tanto estrago al paladar ha hecho,
Y halla que ya la causa se ha deshecho.

XXI.

¡Oh invencion de los hombres, que una espuma
La sepan disponer de tal manera
Que cause al paladar delicia suma,
Tal que no haria otro tanto una ternera!
¡Oh digno objeto de mas diestra pluma!
La mia sin embargo, aunque grosera,
Mil octavas hará, si á mas no alcanza,
Todas en loor tuyo y alabanza.



CANTO QUINTO.

Cuando iba el poeta á elogiar el merengue quédase dormido, y se le aparece un jóven hermoso que le conduce á los campos Eliseos.

I.

Esto, Mecenas, escribia cuando
Advierto que mi boca con bostezos
Me está un profundo sueño amenazando:
Mis brazos veo alargar en esperezos,
Siento una lasitud que va aflojando
Las coyunturas todas y los bezos;
Y por mas que los ojos me refriego
Apenas los dos párpados despego.

II.

Tomé un gran polvo, y quise levantarme,
Mas, como si estuviese en él clavado,
Del asiento no pude separarme.
Nunca ha estado Morfeo tan pesado,
Ni yo tan empeñado en desvelarme:
Venció al fin, no por dios, por porfiado;
Despues que hube valiente resistido,
En mi poltrona me quedé dormido.

III.

Apenas, pues, gozaba el don gracioso
De los dioses, en sueños se presenta
A mi idea un mancebo muy hermoso,
No con la cara triste y macilenta
Como vió Eneas á Hector lastimoso;
No trae la barba larga ni sangrienta,
Ni venia llorando compasivo,
Antes sí muy alegre y muy festivo.

IV.

No vió Versalles jóven mas pulido,
No vió Fontainebleau mejor peinado,
¡Qué crepé, y á la greca, tan batido!
Y qué vestido *á la dernière* cortado!
¡Qué sombrero tan chico y reducido!
¡Qué chupa corta y puntas de arqueädo!
No he visto, ni ver pienso en adelante,
Figura *comme il faut* mas elegante.

V.

A mí se vino en ademan de hablarme,
Y al oir que en español me saludaba
Yo no pude por menos que admirarme:
Un galo-castellano pronunciaba,
Que no sabia yo determinarme;
Si era frances, si era español dudaba:
¿Quién sois? al fin le dije con gran susto,
Yo soy, me dijo el jóven, el Buen gusto.

VI.

Yo presido á los jóvenes del dia
Cual numen que dirijo sus acciones,
Y vengo aquí á premiar tu poesía;
La pluma es fuerza un rato que abandones
Para ir en mi amable compañía
A peregrinar, dijo, á unas regiones
Que nadie ha visto. Aun esto estaba hablando,
Y hétenos por un rio navegando.

VII.

¿Cómo se nombra el rio por do vamos?
Le dije á mi Mentor y compañero,
¿Qué dudas, me responde, si miramos
El estanque Cocyto? á lo que infiero
Por la laguna Estigia caminamos,
Cuyas sacras corrientes yo venero,
Y aun veneran los dioses; no se ha dado
Quien á jurar por ellas haya osado. [8]

VIII.

Caron, aquel barquero celebrado,
A ninguno en su barca ha conducido
Que no haya sido antes sepultado;
Solo á Eneas y á tí se ha concedido
Que vivos la laguna hayais pasado;
Pues habia Pluton establecido
Que por ella mortales no pasasen
Sin que sus huesos antes descansasen.

IX.

No te asuste, me añade, qué pasemos
Por tristes bosques, y sombrías regiones,
Que esto es preciso para que logremos
Ver del Elíseo campo las mansiones;
Ni debes afligirte si antes vemos
Lóbregos calabozos y prisiones;
Esto me iba diciendo, y arribamos
A una playa en la cual desembarcamos.

X.

Aun no habiamos la negra arena hòllado
De aquellos tristes y sombríos desiertos
Cuando salió Caron, y dijo airado:
Seais quien fuéreis, mortales inexpertos,
Dejad esta region que habeis violado
Donde habitan las almas de los muertos;
De vosotros no debo yo fiarme,
No vengais como Alcides á robarme.

XI.

Robarte á Proserpina no queremos,
Le dijimos, no temas si aquí entramos,
Ni imagines que aquí nos detenemos,
A los campos Elíseos caminamos:
Que nos des libre paso pretendemos
Para ir á la region á donde vamos;
Es la pura verdad la que decimos,
No nos niegues el paso que pedimos.

XII.

Apiadóse Caron de nuestro ruego,
Y al punto el libre paso nos ofrece;
En un lóbrego bosque entramos luego
En donde el sol sus rayos oscurece;
Alteróse al instante mi sosiego,
Pues un triste ruïdo me estremece
De suspiros y míseros lamentos
De aquellos que gemían en tormentos.

XIII.

No lejos se miraban situados
Unos campos tan tristes que lloraban
En ellos, pues se ven atormentados
Los que de un dulce amor aqui gozaban,
Y están entre unos mirtos encerrados;
Ví allí que á Galafron atormentaban [9],
Ví á Erifile, ví á Dido y á Cineo,
Y entre ellos que hay poetas tambien veo.

XIV.

Allí ví á Cañizares remendando
Las comedias de Lope manuscritas,
Que despues fue á su nombre publicando
Con mil faltas groseras y malditas;
Ví á Saraza que estaba mendigando
En romances y coplas infinitas,
Y á cada muerto que Caron pasaba
Con catorce sonetos saludaba.

XV.

Tambien estaba Benegasi haciendo
De inventor de una nueva poesía,
Lloraba triste, y suspiraba viendo
Que nadie le imitaba ni seguia:
Benegasi es aquel numen tremendo
Cuya arte y reglas fue su fantasía,
Hizo un poema entero en redondillas,
Y puso la Epopeya en seguidillas.

XVI.

Seguíale Butron, envanecido
Al ver que su elocuencia nos ha dado
Un poema hasta ahora no entendido;
Ví á Ocejo pretender muy apurado
Ser á cien mil Butrones preferido
Por haber una octava así acabado:
Indicaba lugúbre latrocinio,
Término criminal, perdone Vinio.

XVII.

Mas los dos ningun premio consiguieron,
Pues el grande Duran salió alegando
Que ellos jamas comedias escribieron,
Y él escribió una accion de San Fernando;
Su numen, sus escenas aplaudieron
Unos ciertos amigos, admirando
Que hizo hablar en ridículos lenguajes
Aun á los mas heróicos personajes.

XVIII.

Toda una noche tenebrosa y fria
Por estos tristes campos caminamos,
Y allá al amanecer del otro dia
Ya los campos Elíseos divisamos;
Al verlos el Buen gusto me decia:
Pues los muros y puertos ya miramos,
La jornada empezada ya acabemos,
Y nuestro paso tardo aceleremos. [10]

XIX.

Llegamos á los muros: mis sentidos
Absortos se quedaron al mirarlos;
Eran de azucar-cande construidos,
¡Cuanta se gastaría en fabricarlos!
Quise dejar mis dientes esculpidos,
Mas la prisa me hizo abandonarlos;
Entramos á una selva allí vecina,
Y en ella perdió pie mi golosina.

XX.

Mil árboles frutales la formaban,
Que no de agua, de almibar son regados,
En ella sus raices se empapaban,
Y producian los frutos confitados;
Miel en vez de resina destilaban
Por sus poros los troncos abultados,
Todo es suave dulzura cuanto arroja
El tronco, la corteza, y aun la hoja.

XXI.

Tanto los dulces troncos me agradaron,
Que talar la arboleda he pretendido,
Y al hacerlo las manos me temblaron,
Todo me sentí al punto conmovido;
Mis golosos despechos respetaron
Lo sagrado del bosque, y he creido
Que si los sacros árboles hiriera
La segur contra mí se revolviera.[11]

XXII.

La segur dejo, y viendo que convida
La fruta en abundancias á cogerla,
Mi mano extiendo á un árbol atrevida
A coger de la fruta, y á comerla;
Cual si fuese materia prohibida
Me prohibe mi Mentor hasta el olerla:
¡Oh enemigo, le digo, de mi diente!
Déjamela probar tan solamente!

XXIII.

¿Y tú eres el Buen gusto? ¡Quién creyera
Que el Buen gusto á un goloso le quitara
Que las frutas en dulce se comiera!
Si me traes á ser Tántalo, repara
Que para esto en mi cuarto me estuviera,
Y es una grosería la mas rara
El traerme á ver dulces convidado,
Sin que siquiera uno haya probado.

XXIV.

¿Por qué quieres que Tántalo aquí sea,
Y á esta dulce arboleda me has traido,
Donde cuando un sentido se recrea
Me queda atormentado otro sentido?
Ó permite que coma cuanto vea,
Ó sácame los ojos, que he creido
Que una de dos, cruel, hacer te toca,
Vaciar mis ojos, ó llenar mi boca.

XXV.

No permiten los dioses que comamos,
(El Buen gusto me dijo). Proseguimos,
A un gran rio de leche nos llegamos,
Y vadearle al punto dispusimos:
Intrépidos en él nos arrojamos,
Y ya que en él los dos el pie perdimos,
De improviso se ofrece el nuevo espanto
Dulce Mecenas, que dirá otro canto.



CANTO SEXTO.

Sobreviene una espantosa tormenta, y serenada ésta se aparecen las neréidas y tritones del rio, que hacen un triste vaticinio.

I.

Íbamos ya nadando cuando vimos
Que el rio sus corrientes alteraba,
Oimos un ruido, y percibimos
Que en el oculto fondo se formaba;
Si mansas olas hasta allí advertimos,
Ya una sobre otra se encrespaba,
Todas se iban con ímpetu elevando,
Las unas á las otras alcanzando.

II.

Sin poder resistir violencia tanta
Se daban nuestros brazos por rendidos;
Un huracan he aquí que se levanta,
Y el aire resonaba con bramidos;
Una fuerte tormenta nos espanta
Con centellas y rayos repetidos,
Y contra mí se unen al instante
Éolo, Neptuno y Júpiter tonante.

III.

Todo calmó de pronto; así pudieron
Del seno de las ondas procelosas
Seis mancebos salir; á éstos siguieron
Seis ninfas, ó mugeres muy hermosas;
Sobre las sacras olas sacudieron
Las ovas y las lamas asquerosas
Que del fondo sacaban: se elevaron,
Y los doce á nosotros se acercaron.

IV.

Viendo el Buen gusto el sobresalto mio,
Deja, me dijo, el susto y confusiones;
Esas que ves sobre el arroyo frio
Son nayades, neréidas y tritones,
Númenes tutelares de este rio
Que habitan estas húmedas regiones;
Esto decia, y mi oido advierte
Que una de ellas me hablaba de esta suerte:

V.

Golosísimo jóven, pues el cielo
Permitió que á este rio hayas llegado,
Cuya custodia fia á nuestro zelo,
Razon será que vayas ilustrado:
Pues que á saber no llega tu desvelo
Lo que á la edad futura es reservado,
Y el estrago que aguarda al mundo entero,
Oye este vaticinio verdadero.

VI.

Ya ha siglos que en el mundo se veía
Que en cualquiera visita en abundancia
Toda especie de dulces se servia
De Portugal, de América y de Francia;
Por goloso que fuese el que asistia,
Esponjábase al ver tal redundancia,
Que aunque nunca el goloso se empalaga,
Puede ser que tal vez se satisfaga.

VII.

Aun en una visita de llaneza,
(Y aun cuando sin visita alguna estaban
Solos los de la casa) con franqueza
Tan loable costumbre no alteraban;
Solo un dulce es verdad, mas con largueza
Y con noble abundancia ministraban;
Y al ver tan buena usanza los Penates
Bendecian los sobrios azafates.

VIII.

Si eran de cumplimiento las visitas,
De diez ó doce géneros servian
Los dulces y jaleas exquisitas;
Despues del agua helada se ofrecian
De bizcochos especies infinitas;
Su golosina asi satisfacian;
Y por si acaso les quedaba hueco,
Traían despues de todo dulce seco.

IX.

Ya este siglo feliz y afortunado,
Ya este siglo de oro va á acabarse,
Y un siglo de vil plomo desgraciado
En nuestros mismos dias va á empezarse;
La profusion y el gusto que han reinado
Va en sórdida miseria á conmutarse,
Y pues viste abundancias otras veces,
Oye ahora futuras escaseces.

X.

Ya va á llegar el infelice día
En que á los corazones miserables
Influirá nefanda economía
Contra los sacros dulces venerables;
Ya los estrados en que se veía
Gran variedad de dnlces apreciables,
De dos ó tres especies solamente
Se sacará aunque haya mucha gente.

XI.

Ya contra aquellos vasos que un azumbre
De dulce cada uno presentaba,
Harán que prevalezca la costumbre
Que una dósis tan útil menoscaba;
El goloso tendrá gran pesadumbre
Viendo que casi el dulce se le acaba,
E inventará vasijas la miseria
Que ofrezcan parvidades de materia.

XII.

No solo en la bandeja irán unidas
Tres especies de dulces diferentes;
Sino tambien serán tan reducidas
Las tazas que presenten á las gentes,
Que aun nombradas serán disminuidas,
Dando disgusto y pena á vuestros dientes;
Las llamarán tazillas, y una de esas
Rebosará en echándole tres fresas.

XIII.

Y aun esto solamente en los estrados
De cumplimiento: en juntas de llaneza
Serán todos los dulces desterrados:
¡Oh cuanto inventará la sutileza
De aquellos miserables refinados
Que llaman despilfarro á la largueza!
Para abolir los dulces celestiales
Inventarán los hombres los panales.

XIV.

El panal, al cual llaman esponjado,
No es mas que agua y azucar mal batida;
Esta hierve hasta haberse condensado,
Y hasta que aquella espuma se solida;
Ella el sagrado dulce ha desterrado,
Envidiando su mérito atrevida.
¡Oh mortales! no ideára ni el abismo
Tan impio, tan sacrílego ostracismo.

XV.

Vereis que á la sagrada golosina
Brutal infame gula le sucede,
Las Galias idearán nueva cocina
Con que la antigua en el olvido quede:
Lamentarán en vano su ruïna
La albóndiga y gigote; todo cede
Al budin, á la salsa, al fricandó,
Al relleno, á las pastas y al gató.

XVI.

Vereis á vuestros vinos, los mejores
Que el mundo ha conocido, despreciados,
Y Baco inventará nuevos licores
De vuestros descendientes estimados;
Ya Málaga y Jerez de los loores
Que á sus vinos hasta ahora han sido dados,
Se llegarán á ver desposeidos,
Serán Bordó y Champaña preferidos.

XVII.

Hasta ahora, pues, el hombre disfrutaba
Gran salud con el dulce que comia,
Los humores el dulce aligeraba,
Y el dulce de laxante le servia;
Pero ya la *bonne chère* le menoscaba
La robusta salud que mantenia:
No hubiera al hombre tanto mal llegado
Si los dulces no hubiera abandonado.

XVIII.

Llegará á los mortales aquel dia
En que vean que enmedio de un banquete
A uno asalta mortal apoplejía,
Que á otro la perlesía le acomete;
Cuál, que ligero y ágil se creía,
Cruël gota le encierra en su retrete;
Así premeditó de tal andanza
Tomar la Golosina su venganza.

XIX.

Tú, á quien la humanidad, y el ser goloso
Deben interesar en tantos males,
Vuelve al mundo, y anuncia el espantoso
Vaticinio que he dicho á los mortales;
Esto dijo, y el rio proceloso
Segunda vez altera sus raudales;
Atento las escucho, cuando vieron
Mis ojos que otra vez se sumergieron.

CANTO SÉPTIMO.

Pasan de la otra parte del sagrado rio y caminan hasta encontrar el palacio del mas divino numen, el que les dijo lo que leerá el que quisiere.

I.

Apenas el Buen gusto y yo pasamos
El sacro lácteo rio que dijimos,
Los mojados vestidos nos chupamos,
Y el camino empezado proseguimos;
Una grande montaña divisamos,
La cual al acercarnos conocimos
Que de tierno bizcocho está formada,
Y la falda del rio está bañada.

II.

Yace sobre su cima situada
Una cóncava peña, y ésta arroja
En perenne, abundante, borbosada,
Un manantial copioso de miel roja:
Corre por la montaña despeñada
La miel en abundancia, y como moja
Por donde va con ímpetu pasando,
Poco á poco la va desmoronando.

III.

Pasamos, pues, del monte á la otra parte;
Fuimos á otra arboleda muy frondosa,
Hecha toda de dulce, con tal arte,
Que era mas que la selva deliciosa;
Guarda, dijo el Buen gusto, de admirarte
Hasta ver otra cosa mas hermosa,
Alza la cara, y mira á donde vamos;
En esto un gran palacio divisamos.

IV.

Jamas ví un edificio tan hermoso:
Tenia una magnífica portada,
La que con un relieve primoroso
Toda desde alto abajo está grabada
Con emblemas de un gusto harto ingenioso;
Se admira la virtud representada
Del numen que le habita, la divina,
La siempre augusta sacra Golosina.

V.

En un patio espacioso se veían
Unos anchos y alegres corredores
Que mil y dos columnas sostenian,
Tan gruesas y altas son, que á los mayores
Fuertes pinos del norte competian:
Eran hechas de pasta de alfajores,
Blanqueadas con alcorza, y al mirarlas
Así entre mí me puse á requebrarlas:

VI.

Si conmigo el Buen gusto no estuviera
A una columna de estas me abrazara,
Y cual otro Sanson la desmintiera,
Y el soberbio palacio desplomara;
Sobre mí era preciso que cayera,
Y gran parte de dulces me tocara,
Pues revueltos fragmentos tan copiosos,
Hay sin duda ganancia de golosos.

VII.

De unas losas azules y encarnadas
El anchuroso patio está enlosado,
Y van con simetría colocadas,
Mezclados el azul y el encarnado;
Viéndolas no bruñidas ni cortadas,
Que hubiese alguna maula he sospechado,
Y advierto en una que tenia una grieta,
Ser tablillas de fresa y de violeta.

VIII.

Subimos la escalera (la que vimos
Ser de pasta de almendra); luego entramos,
Y por diversas piezas descurrimos,
Y el adorno de todas admiramos:
Una mampara hermosa y grande abrimos:
Y por su puerta á un gran salon llegamos,
Que en su especial adorno y sus primores
Conocí era el salon de Embajadores.

IX.

Sobre hermosas repisas se miraban
Bustos de caramelo matizados,
Que en órden cronológico nos daban
A los héroes golosos retratados;
Algunos tan al vivo demostràban
Sus golosos afectos tan copiados,
Que de muchos creí que se movian,
Y que unos á los otros se comian.

X.

No está aquí mi Mecenas retratada,
Y lo extraño, le dije al compañero:
En esto alzé la cara, y colocada
La ví como heroína en el testero;
No ví estatua jamas tan bien sacada,
La creí viva; pero luego infiero
Que no es dable que viva allí estuviera
Sin que dulces al verme me pidiera.

XI.

Un grande trono en el testero estaba,
Donde, segun el Gusto me decia,
La diosa Golosina se sentaba
Siempre que audiencia pública tenia;
En su sólio mi afecto la buscaba,
Cuando oigo que una ninfa nos decia:
La ínclita diosa que venís buscando,
Se está allá en sus jardines paseando.

XII.

Bajámonos á ellos al momento:
No son los de la Granja mas floridos;
De rosas se cubria el pavimento,
Y las murtas formaban mil tejidos:
Entre ellos se escuchaba el dulce acento
De las alegres aves; los oïdos,
Los ojos y nariz se recreaban;
Solo mis pobres dientes ayunaban.

XIII.

Los árboles frutales, que regados
A cual de mas almibar, se criaban,
Los frutos daban ya tan empapados,
Que á las compotas mismas les ganaban;
Fuentes ví que por caños encontrados
Leche y miel de continuo allí manaban:
Recréete, Mecenas, mi lectura,
Ya que no comas, lee esta dulzura.

XIV.

Mis potencias quedaron admiradas
Tanto, que dije á voces repetidas:
¡Oh dulces prendas por mi bien halladas!
¡Oh dulces prendas por mi mal perdidas!
¿Por qué consentís, dioses, sean miradas
De mí frutas que no han de ser comidas?
En esto hallé á la diosa que buscaba,
Que en un rio de almibar se miraba.

XV.

Yo la saludé al punto reverente,
Y ella me dijo con semblante airado:
Osado joven dí ¿por qué imprudente
Mi sagrado jardin has profanado?
Yo le haré á tu osadía que escarmiente;
Ni me alegues lo que hayas trabajado,
Pues no es bastante indulto á tu delito
El indigno poema que has escrito.

XVI.

Al paso que tú ibas escribiendo,
Desde aquí las octavas yo leía;
Los yerros y defectos fuí advirtiendo
De tu torpe y perversa poesía;
Todos los versos son, á lo que entiendo,
Infelices abortos de Talía;
Vete, pues, si no quieres que me irrite
Y mi furor al mar te precipite.

XVII.

Esto me dijo, y luego se desvía,
Dejándome su voz avergonzado,
Y tanto se ofuscó mi fantasía
Que á fuerza del dolor he despertado:
Leo el poema, y viendo que tenia
Razon en cuanto habia pronunciado,
Tanto fue mi furor y mi despecho
Que iba á rasgar los versos que habia hecho.

XVIII.

Mas quiso su fortuna me acordase
De que fue á tí el poema dirigido,
Y no es justo, Mecenas, se rasgase
Un papel que tu nombre ha contenido;
No lo rompí por tal de que lograse
Ser de tí censurado, no aplaudido;
Octava no verás que no esté llena
De los torpes abortos de mi vena.

XIX.

Siendo esto así, la lira que atrevida
Pulsó mi mano, y deja destemplada
Para no mas tocarla ya en mi vida,
De un verde sauce quedará colgada;
Ya mi cansada voz enronquecida
No será de los hombres escuchada;
Y al contemplar el héroe que he aplaudido,
Mas que cantar quisiera haber comido.



NOTAS.

1 Hace alusion á doña María Amoroso que dió motivo á este poema.

2 Es lástima que se haya perdido el uso de la voz primor en la acepcion de primer órden, correspondiente á *chef d' œuvre* en francés, y *capo d'opera* en italiano. Véase en el Compendio del Diccionario de la Academia esta voz en su segunda acepcion antigua, y se hallará tambien la voz primería, de que tampoco usamos.

3 Virgilio, Eneida, lib. 2. v. 3.

4 Verso 6 y siguientes.

5 Eneida, lib. 3. v. 220.

6 Eneida, lib. 2. v. 260.

7 Eneida.

8 Virgilio, Eneida lib. 6. v. 328 y siguientes.

9 Eneida, lib. 6. v. 440 y siguientes.

10 Eneida, lib. 6. v. 629. 630. 631.

11 Lucano, lib. 3. de la Farsalia


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm